

DIA DEL FOLKLORE

Beatriz González de Bosio

Anualmente, en el mes de Agosto se celebra el Día Mundial del Folklore. Y en nuestro medio, la ocasión es propicia para una serie de manifestaciones y reflexiones muy valiosas como necesarias. Gracias a ello en las escuelas y en las comunidades se revalorizan nuestras tradiciones. Los niños y jóvenes aprenden a observar la belleza de las manifestaciones y a experimentar el legítimo orgullo de sentirse paraguayos.

Esto no va en contra del proceso de globalización pues esta no significa negar lo local necesariamente.

Folklore precisamente combina en su etimología dos vocablos anglosajones que alguna vez parecieron contradictorios, **folk-lore, el saber del pueblo.**

Fue utilizada por primera vez por Williams Johns Thoms, anticuario inglés, denominación que describía la tarea de quien ejercía una dedicación vocacional por la historia y los testimonios culturales de los pueblos. En 1846 al igual que hoy se buscaba afanosamente revalorizar las raíces culturales como patrimonio de las sociedades humanas.

No debe sin embargo confundirse el folklore en sí con la “proyección folklórica”. Y tenemos amplios ejemplos de ambos en nuestro medio. La proyección folklórica deja de ser anónima pues ya tiene autor registrado.

Una de las principales herencias de nuestros antepasados indígenas fue la tradición oral, “la palabra inspirada” que en ausencia de un alfabeto se convertía en el vehículo de transmisión generacional de los hechos y relatos estimados como necesarios en su conocimiento para las generaciones subsiguientes. Así aparecen los casos, las leyendas, los relatos míticos, las fábulas y los ñeengá.

La historia literaria paraguaya recoge el nombre de Teresa Lamas Carísimo en su obra “Tradiciones del Hogar” (1921) como la primera escritora que encuentra conveniente y necesaria la transcripción de los relatos que ella recibió personalmente de sus mayores y que los describe con toda sencillez y profundidad.

Desfila en este clásico de la literatura paraguaya el compendio de la idiosincrasia local.

Los personajes toman la forma de animales como El Chingolo, hermoso pajarito que por soberbio y engreído recibió de castigo la pérdida de su belleza y el rechazo de su amor.

Apagado el fulgor de su plumaje El Chingolo llegó en busca de consuelo a los brazos de su madre, quien lloró tanto que enfermó de pena. Desde entonces el Chingolo exhala su queja en el doliente “che sy hasy” (mi madre está enferma).

El tema de la madre es recurrente. En “Pychái” denominativo que alude a los piques en los pies de un desdichado huérfano eternamente descalzo que soportaba dolorosas llagas que lo obligaban a renguear, y siendo cuidador de caballos de un establecimiento recogió por pena, a un esquelético caballo lleno de carachas, que se le cruzó en el camino y a quien bautizara con el apodo de Bichoco porque era tuerto. El caballo no solo hablaba sino lo llamaba a él por su verdadero nombre, Periquito, y esto le producía una inenarrable emoción y felicidad.

Ambos tomaron parte de un concurso de salto largo convocado por un poderoso cacique que tenía una hija, bellísima princesa, en edad de casarse. Obtendría la mano de la niña quien saltase a caballo una enorme zanja de tres leguas que el padre había hecho cavar en varios años de trabajo. Ante el asombro de todos, por el desabrido físico y la pretensión de ambos, de saltar semejante valla, fueron objeto de risas y colosal rechifla cuando aparecieron jinete y caballo en el lugar del torneo. Invocando a su madre, Pychaï espoleó a su amigo quien con magistral impulso y prolongado relincho logró ganar la apuesta en increíble salto. Pychaï anonadado, montado sobre Bichoco, ante una delirante salva de aplausos festejaba el inesperado prodigio. Y se dispusieron las cosas para la celebración de la boda. Aturdido Pychaï, solo quería agradecer a Bichoco la hazaña lograda y corrió a encontrarlo cuando aquel le susurró emocionado: “soy el alma de tu madre y vine a la tierra solo a buscar tu felicidad”, y una graciosa paloma subió en glorioso vuelo hacia las lejanas estrellas al son de una remota y celeste melodía”.

Como corresponde a su síntesis de lo español y lo indígena los personajes terminan siempre sus hazañas ofreciendo de ellas alguna moraleja que contribuye a la enseñanza del bien.

Sin embargo no todos los personajes tienen necesariamente un comportamiento ejemplar. Al contrario, la galería incluye los defectos así como las virtudes tan propias de todo ser humano.

Perurimá también descrito por la autora es “la encarnación del genio vivo y sutil. Es un sujeto listo, lleno de recursos y de ocurrencias felices que le hacen salir siempre adelante en sus empresas sin dejarse sorprender jamás. Es irreverente, corrompido y sacrílego, socarrón y ladino. Pero, chistoso como él solo, aun en las atrocidades mayores se hace perdonar por el regocijo que producen sus aventuras. “ Por lo general eran curas las víctimas de las travesuras de Perurimá, pues la befa hacia ellos es constante.

Señala la autora que estos casos debieron tener su origen en tiempo de los jesuitas, cuando el indio oprimido por la férrea disciplina implantada en las reducciones, se desquitaban a través de la burla, como forma de resistencia.

Al igual que Teresa Lamas al principio del siglo XX, distinguidos escritores e investigadores como Paulo de Carvalho Netto, Dionisio González Torres, Mauricio Cardozo Ocampos, entre otros, se preocuparon de recopilar y publicar el resultado de sus investigaciones en obras de igual relevancia.

El riquísimo acervo cultural paraguayo debe ser un motivo de legítimo orgullo que nos permitirá recuperar la autoestima para desplegar una actitud más optimista y confiada en nuestras propias fuerzas, pues no hay mejor receta para superar el atraso y la pobreza.

